

THE HORUS HERESY®

David Annandale

LA CONDENACIÓN DE PYTHOS

Rasgando el velo

timunmas

THE HORUS HERESY®

LA CONDENACIÓN DE PYTHOS

David Annandale

timun**mas**

Título original: *The Damnation of Pythos*
Traducción: Traducciones Imposibles, S. L.

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts

Primera edición: mayo de 2017

The Damnation of Pythos, *La condenación de Pythos*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2014, 2015

© de la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0455-5
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 8250-2017

Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Desfigurado Modelos a seguir Celdas

—Las cicatrices son cosa de la carne —había dicho Durun Atticus en una ocasión—. Son la marca de un material endeble que se rasga con facilidad y se repara de manera imperfecta. Si la carne tiene cicatrices, debería extirparse y reemplazarse por una sustancia más perfecta.

«¿Lo pensaba todavía?», se preguntó Anton Galba.

Galba recordaba que el capitán había efectuado este discurso tras la campaña de Diasporex, durante aquellos últimos días de apariencia engañosa, en que la sombra de la traición caía ya sobre el Imperio, pero los Iron Hands todavía creían que cuando peleaban junto a los Emperor's Children estaban entre hermanos. Habían sido muchas las heridas sufridas en aquella batalla. Los peores daños los había recibido la *Puño de Hierro*, pero el crucero de asalto *Veritas Ferrum* tampoco había resultado ileso ni mucho menos. Una andanada de un cañón de energía había alcanzado el puente. Los sistemas críticos habían seguido funcionando, pero Atticus, firme en el trono de mando, había recibido graves quemaduras.

Habían reparado la nave, y también a Atticus. Había regresado y no pareció que saliera del apotecarion, sino de la fragua. Apenas tenía cicatrices; y muy poca carne. Fue entonces cuando efectuó el discurso. Galba, que lucía gran cantidad de cicatrices en un rostro que todavía era en su mayor parte carne, interpretó que Atticus hablaba metafóricamente, entregándose a la hipérbole que era una de las recompensas de la victoria. La *Puño de Hierro* también lucía las marcas de la batalla, pero se borrrían a su debido tiempo. Eso había afirmado Atticus.

Eso habían pensado todos.

Y entonces había llegado la campaña de Callinedes. Y la traición. La destrucción casi completa de la flota. El peor momento de la X Legión.

Eso habían pensado todos.

Pero Callinedes no había sido más que un prólogo. Aquel nombre había sido reemplazado en el panteón de la infamia. ¿Quién podía amargarse pensando en Callinedes IV cuando estaba Iststvan V?

Iststvan. La palabra era un susurro, un cuchillo clavado en la columna vertebral. Era una sibilancia tóxica que nunca moriría, una herida que supuraría hasta la extinción de las últimas estrellas de la galaxia.

Era una cicatriz, pero no una superficial que señalaba lo que había cicatrizado, sino una profunda, la zona de un dolor que nunca quedaría mitigado, de una cólera que nunca desaparecería. «¿Es esto debilidad?», había preguntado Galba al Atticus de su recuerdo. «¿Cómo podemos extirpar esta carne desgarrada? La herida llega hasta nuestras almas.» Alzó la vista atrás, hacia su capitán.

Atticus estaba de pie ante el trono de mando, por delante del atril y con los brazos cruzados. Permanecía inmóvil, los ojos fijos en el óculo de proa. El rostro no mostraba la menor expresión, y no la había mostrado desde el Sistema Carollis y la batalla con los diasporex. La reconstrucción con implantes potenciadores había reemplazado la mayor parte del cráneo del capitán. De todos los guerreros de la 111.^a Compañía, era el que había estado más cerca de una transformación completa en máquina. Galba sabía que debajo del caparazón metálico del capitán todavía fluía la sangre y latían sus corazones. Pero el exterior era del mismo gris oscuro de la armadura de la legión. El perfil era humano, pero casi no poseía facciones. Atticus ahora era más una escultura de hierro que un ser vivo: inflexible, sin misericordia, sin calidez.

No obstante, no le faltaba pasión. Quieto como estaba el capitán, Galba podía percibir su cólera, y no tan solo porque él sentía la misma furia llameando en las venas. El ojo izquierdo de Atticus era orgánico. Galba no sabía por qué lo había conservado. Si había perdido o reemplazado tanta de la endeble carne, ¿por qué mantener cualquier rastro de ella? No se lo había preguntado. Pero aquel último resto de lo humano resultaba aún más significativo por el hecho de ser algo aislado. Miraba con ferocidad al vacío, pestañeando raras veces y sin apenas moverse. Era la furia personificada. Galba había visto a Atticus en pleno ataque de cólera hirviente, pero en ese momento la cólera estaba congelada, era más gélida que el vacío que reflejaba; era tan profunda como la herida y

respondía a la pregunta de Galba. Solo había un modo de curar a la X Legión: exterminando a los traidores. A todos y cada uno de ellos.

Galba volvió a mirar al frente. La mano izquierda, biónica, estaba inmóvil, impasible, pero los dedos de la derecha se crisparon con desaliento. Lo que curaría a los Iron Hands era inalcanzable. Ni la disciplina ni la habilidad en el combate podían cambiar tal hecho. Isstvan se había ocupado de eso. Horus los había aplastado, como había hecho con los Salamanders y la Raven Guard. Todos ellos habían quedado reducidos a sombras. «Somos fantasmas», pensó. «Tenemos sed de venganza pero carecemos de sustancia.»

No estaba siendo derrotista, ni tampoco desleal, simplemente manifestaba algo que era cierto. Solo quedaban fragmentos de las tres legiones leales que habían estado en Isstvan, y estaban desperdigados. Sus efectivos eran reducidos. La huida de la *Veritas Ferrum* del Sistema Isstvan fue un milagro. Disponer aún de un crucero de asalto operativo no era ninguna tontería. Pero, en otro sentido, era muy insignificante. La *Veritas* era una única nave. ¿Qué podía hacer contra una o más flotas?

«Lo haremos», había prometido Atticus. «Haremos algo.»

—Capitán —llamó el maestro del auspex Aulus—, el navegante Strassny informa de que hemos llegado a nuestro destino. La señora Erephren pide que no avancemos más.

—Muy bien —respondió Atticus—. Nos mantendremos aquí.

Una masa rocosa del tamaño de una montaña pasó ante el óculo. La *Veritas* estaba situada justo fuera del Sistema Pandorax. El borde exterior estaba marcado por un cinturón de asteroides de una densidad poco corriente. Mientras el planetoide se perdía en la noche rodando sobre sí mismo, Galba pudo distinguir otro más lejos a babor, un retazo gris bajo la luz que reflejaba Pandorax. Los sensores de la *Veritas* captaban ya docenas de blancos en las inmediaciones, todos ellos con un tamaño lo bastante grande como para destrozar el crucero en caso de colisión.

No eran los restos de un disco de acreción, ni pedazos de hielo y polvo. Eran roca y metal. En el pasado había sido alguna otra cosa, dedujo Galba. Algo enorme.

«¿Algo magnífico?»

Fue un pensamiento involuntario, un producto de su estado de ánimo. Comprendió que era importante aferrarse a su ira, pues le mantenía alejado de la desesperación. Apartó con energía oscuras reflexiones sobre magnificencia destruida. Pero permanecía la cuestión del cinturón de

asteroides. Lo cierto era que lo que contemplaba eran escombros. Ahí había habido algo, y lo habían destruido.

¿Qué lo había destruido?

A estribor se hallaba el orbe de un marrón sucio del planeta Gaea. Tenía una órbita completamente excéntrica, en un ángulo agudo con la eclíptica. Cruzaba la órbita de Kylix, el siguiente planeta en dirección hacia el interior del sistema, y, a lo largo de su año, pasaba brevemente más allá del cinturón de asteroides. En ese momento, seguía aún dentro del cinturón. Su superficie estaba llena de agujeros de cráteres superpuestos, y la enrarecida atmósfera, repleta del polvo procedente del último impacto recibido. La posibilidad de una colisión planetaria cruzó por la mente de Galba. Pero, no, Gaea podía pasar por una luna de gran tamaño, y tal vez lo había sido, con una rotación estrambótica que había adoptado tras la destrucción de su progenitor.

En ese lugar había ocurrido un cataclismo, pero su naturaleza era desconocida, como también era una incógnita qué era lo que se había perdido. Muy a su pesar, Galba sintió la tentación de ver presagios en la entrada plagada de escombros de Pandorax; la reprimió. El impulso bordeaba peligrosamente la superstición, y permitirse tal indulgencia era traicionar aquello que defendía. Ya había habido traiciones suficientes en los últimos tiempos. «¿Quieres ver una lección en esto?», se preguntó. «Te la daré: lo que estaba aquí ha sido hecho añicos, pero sigue siendo peligroso.»

—¿Alguna noticia de nuestros hermanos? —preguntó Atticus.

—El coro astropático no informa de nada por el momento —respondió Aulus.

La puerta del puente se abrió. Dos guerreros entraron, ninguno de ellos era Iron Hand. La armadura de uno tenía el color verde oscuro de los Salamanders. Era Khi'dem, un sargento. El otro lucía el solemne blanco y negro de la Raven Guard; era el veterano Inachus Ptero. Con su llegada, la atmósfera del puente cambió. A la cólera, la frustración y el pesar se añadió un toque de resentimiento.

Atticus volvió la cabeza. El movimiento fue tan frío, que pareció que hubiera apuntado con un bólter a los dos Space Marines.

—¿Qué sucede? —inquirió en tono irritado.

Las facciones color ónice de Khi'dem parecieron oscurecerse aún más.

—Justo la pregunta que íbamos a hacerte, capitán —dijo—. Nos gustaría saber cuál es tu propósito al venir aquí.

Atticus aguardó unos pocos segundos antes de contestar, y lo hizo con una ira concentrada.

—Tu rango no te concede licencia para interrogarme, *sargento*.

—Hablo por la XVIII Legión tal y como existe en este navío —respondió Khi'dem, tranquilo pero firme—, como hace el veterano Ptero por la XIX Legión. Por lo tanto, se nos debe la cortesía de ser informados sobre la prosecución de la guerra.

—¿Legiones? —escupió Atticus.

El sonido de las emociones expresadas por su laringe biónica resultaba sobrecogedor. La laringe era capaz de efectuar variaciones en la entonación y el volumen, y no sonaba de un modo muy distinto a la voz que había tenido Atticus. No obstante, ahora tenía un dejo de algo extraño, como si Atticus se remedara a sí mismo y no lo consiguiera del todo.

—Legiones —repitió—. Combinados, vuestros efectivos no superan la docena. Son...

—Capitán —dijo Galba, que prefirió arriesgarse a interrumpir a Atticus a dejar que su comandante pronunciara palabras que jamás podrían retirarse—, con tu permiso.

—¿Sí, sargento?

No hubo una pausa antes de la respuesta de Atticus, pero sí una pizca de menos veneno, como si estuviera un tanto dispuesto a permitir que le impidieran hablar.

—Tal vez yo pueda contestar a las preguntas de nuestros hermanos.

Atticus le dedicó una prolongada mirada.

—En otro lugar —dijo con voz queda, apenas conteniendo la ira, solo provisionalmente.

Galba asintió e indicó a Khi'dem y Ptero:

—¿Me acompañáis?

Con gran alivio por su parte, lo hicieron sin decir nada más.

Galba los condujo fuera del puente, por pasillos de hierro y granito, de vuelta a los alojamientos, donde había mucho espacio. Demasiado espacio.

—¿Intentas sacarnos de en medio? —inquirió Ptero.

El Iron Hand negó con la cabeza.

—Intento mantener la paz.

—Eso he advertido —indicó Khi'dem—. Has interrumpido a tu capitán. ¿Qué es lo que estaba a punto de decir?

—No estoy al tanto de sus pensamientos.

—Puedo imaginarlo —terció Ptero—. Eso no son legiones, sino reliquias.

Galba hizo una mueca ante lo cierto de la afirmación.

—Como lo somos nosotros —repuso.

Y así era. Los Iron Hands eran centenares a bordo de la *Veritas* en lugar de millares, una sombra de la fuerza numérica que habían sido.

—Tu honestidad te honra —dijo Ptero—. Pero, aun así, deseáramos respuestas.

Galba contuvo su propia exasperación.

—Las tendréis tan pronto como haya respuestas que dar.

—¿No hay un plan de campaña?

—Estamos aquí para averiguarlo.

Ptero suspiró.

—¿Habría significado un agravio insuperable para tu capitán el contarnos eso?

Galba reflexionó sobre qué tenía que decir a continuación. No había un modo fácil de hacerlo, como tampoco diplomático, aunque, si era honrado consigo mismo, tampoco estaba demasiado interesado en buscar uno. Bastaba con haber conseguido alejar la discusión del puente. Existían muchas menos probabilidades de que tuviera lugar una violencia irrevocable lejos del trono de mando.

—El capitán Atticus —dijo—, no siente predisposición a compartir información relativa a operaciones.

—¿Con nadie? O ¿solo con nosotros?

No había modo de eludirlo.

—Con vosotros.

—¿Por qué? —preguntó el Salamander.

—Debido a Istvan V.

¿Querían saberlo? Estupendo. Se lo contaría. Les hablaría de su propia cólera. Dejó de andar y se volvió de cara a ellos.

—¿Qué tiene eso que ver? —inquirió Khi'dem—. Todos padecemos nuestras propias tragedias allí.

—Porque le disteis la espalda a nuestro primarca.

—Ferrus Manus encabezó una carga disparatada —contestó Khi'dem—. Para el caso podríamos decir que él nos abandonó.

—Tenía a Horus en plena retirada, podría haber puesto fin a la guerra allí mismo.

Khi'dem negaba ya lentamente con la cabeza.

—Cayó en una trampa, y todos quedamos atrapados en ella. Él se adentró más en sus fauces e hizo que la retirada fuera mucho peor.

—Juntas, las tres legiones habrían sido lo bastante potentes —insistió Galba.

—¿Si Manus se hubiera quedado donde estaba —dijo Ptero, en un tono que no mostraba enojo sino tristeza y que era sorprendentemente comedido—, crees que podríamos haberles arrebatado la zona de desembarco a cuatro ejércitos que acababan de llegar al campo de batalla?

Galba quiso contestar afirmativamente. Quiso insistir en que la victoria habría sido posible.

—Tres legiones contra ocho, en realidad —dijo Khi'dem antes de que el otro pudiera responder—. Con las tres atrapadas entre yunque y martillo. Jamás existió otro resultado posible. El único deshonor radica en el acto de traición.

La lógica de Khi'dem era rigurosa, pero no suficiente. La indignación que le agriaba la sangre a Galba, la indignación que compartía con todos los guerreros de los Iron Hands, era tan enorme como la tragedia que envolvía al Imperio. Era demasiado profunda y compleja para que pudiera calmarla una simple narración de la realidad. La información que Khi'dem ofrecía no hacía más que empeorar las cosas. La ira topaba con una impotencia desesperante, se acumulaba, y la emprendía contra nuevos blancos. Galba sabía que el otro tenía razón. La Raven Guard y los Salamanders habían sufrido muchas pérdidas durante las primeras fases de la lucha, y su táctica había sido sensata al buscar los refuerzos en la zona de desembarco. Pero Ferrus Manus había embestido con violencia contra las fuerzas de Horus. La tortura provenía de la idea de que con los efectivos adicionales de otras dos legiones, a lo mejor el golpe habría sido lo bastante considerable como para desarticular el plan del señor de la guerra. Y más allá de la táctica y la estrategia estaban los principios: los Iron Hands habían pedido la intervención de sus legiones hermanas, y estas se habían negado. Tras la derrota y la pérdida de su primarca, ¿cómo podían no ver tal abandono como otra forma de traición?

Solo una cosa impedía que Galba la emprendiera contra los guerreros que tenía delante: el reconocimiento de la otra faceta de la cólera, el desprecio hacia sí mismos. Los Iron Hands habían fracasado, y eso jamás podrían perdonárselo. Se habían enfrentado a la prueba más crucial en la historia de su legión y no habían estado a la altura. ¿Extirpar la debilidad? Galba deseaba relegar su carne fracasada al olvido, reemplazarla con la infalible maquinaria y aplastar el cráneo de todo traidor con los puños. Era consciente de ese deseo y de su futilidad, no obstante, así como de su origen. Sabía que veía el mundo a través del filtro de una rabia guiada por la propia voluntad, de modo que no confiaba en sus impulsos. Se obligó a aguardar un instante antes de dar cualquier respuesta. Se obligó a *pensar*.

Pero ¿qué pasaba con Atticus? ¿Qué pasaba con el guerrero al que no quedaba carne que condenar? Él sentía la cólera en todas sus formas. De eso Galba estaba seguro. Pero ¿conocía Atticus lo tóxica que era? ¿Era consciente de su naturaleza modeladora? El sargento no lo sabía.

Lo que sabía era esto: a pesar de lo maltratados que habían sido los Iron Hands en Isstvan V, aún menos Salamanders y Raven Guards habían sobrevivido. Y sabía que, si querían que la esperanza de una victoria sobreviviera, no podían dedicarse a pelear contra otros grupos leales. Era posible que los errores fatídicos se hubieran cometido mucho antes del enfrentamiento. La sangre se le helaba al pensar en el modo en que habían dividido a la flota de la X Legión, con las naves más veloces dejando atrás a la *Veritas Ferrum* y a otras naves en la carrera hacia el Sistema Isstvan. Y quizá ni siquiera esa decisión fuera la que había marcado la diferencia. Tal vez hubiera habido demasiadas fuerzas formando contra los leales al Emperador. Entre los astrópatas se hablaba de la actuación de otros organismos aparte de los traidores. Tantas posibilidades, tantos errores y coincidencias y traiciones convirtiéndose en el lento gotear de un destino sangriento.

Todo eso era ya cosa del pasado. De cara al futuro, sabía algo más: las fuerzas leales, por escasas que fueran, debían trabajar unidas.

Si pudiera asegurar aunque solo fuera aquella pequeña ascua de esperanza, la avivaría.

Suspiró a la vez que cruzaba una mirada con Ptero y Khi'dem. Consiguíó mostrar una mueca irónica, que era lo más parecido a una sonrisa que podía conseguir.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ptero en voz baja, y el veterano no hablaba de estrategias.

Galba sacudió la cabeza en señal de acuerdo, apesadumbrado.

—Os mantendré informados —declaró—. A cambio, ¿me haréis este favor? Dirigíos a mí en lugar de a mi capitán.

De haber estado en su lugar, pensó que podría muy bien haber considerado aquella petición como un insulto de proporciones gigantescas. Pero Khi'dem asintió, comprensivo.

—Entiendo que sería lo mejor.

—Gracias.

Inició el regreso al puente.

Ptero le agarró el brazo.

—Los Iron Hands no están solos —dijo—. No cometáis el error de pelear como si lo estuvierais.

Jerune Kanshell acababa de limpiar la sala de pertrechos de Galba cuando oyó las fuertes pisadas del sargento aproximándose. Agarró el cubo y los trapos, salió a toda prisa y permaneció de pie a un lado de la entrada, con los ojos puestos en el suelo.

Galba se detuvo en la puerta.

—Un trabajo excelente como siempre, Jerune —dijo—. Gracias.

—Gracias, señor —respondió el siervo.

La muestra de reconocimiento de Galba no era inusual; era lo que decía cada vez que regresaba y Kanshell seguía aún allí. Con todo, el hombre sintió una oleada de orgullo, no tanto por su trabajo como por el hecho de que su señor le hubiera dirigido la palabra. Sus deberes allí eran muy simples; no tenía que tocar nada de auténtica importancia: armadura, armas, trofeos, juramentos del momento. A él le correspondía limpiar el soporte de la armadura y fregar el aceite derramado por Galba durante sus propias sesiones de limpieza. Eran tareas que podía realizar un servidor, pero ellos no podían comprender el honor que acompañaba a ese deber. Él sí.

Galba tamborileó un compás sobre la entrada con los dedos, pensativo.

—Jerune —dijo.

Sobresaltado por aquella desviación de la norma, Kanshell alzó la cabeza. Galba le contemplaba. El sargento tenía la mandíbula inferior de metal. Era calvo, y la guerra había quemado y acuchillado su rostro hasta convertirlo en una masa de tejido endurecido lleno de cicatrices. Era el rostro adusto, que no cruel, de un ser que poco a poco se iba alejando de lo humano.

—¿Mi señor? —preguntó Kanshell.

—Sé que las estancias de los siervos resultaron muy dañadas durante la batalla. ¿En qué condiciones están?

—Estamos avanzando mucho con las reparaciones, señor.

—No es eso lo que he preguntado.

Kanshell tragó saliva con fuerza y se atragantó, avergonzado. Debería haber sabido que no tenía que disimular delante de un guerrero de las Legiones Astartes. Había hablado desde un exceso de orgullo. Quería que el dios que tenía delante supiera que incluso los habitantes más humildes de la *Veritas* hacían todo lo que podían. Quería decir: «Llevamos a cabo la parte que nos corresponde», pero fue incapaz de pronunciar palabras tan presuntuosas; lo que sí hizo fue decir la verdad.

—Las condiciones son duras —admitió—. Pero seguimos luchando. Galba asintió.

—Entiendo —respondió—. Gracias por contármelo. —El labio superior se aplanó, y Kanshell comprendió que era así cómo sonreía en la actualidad el sargento—. Y gracias por seguir luchando.

El siervo efectuó una reverencia, el orgullo que sentía era tan abrumador ahora como lo había sido la vergüenza momentos antes. Debía de estar resplandeciente, pensó. Sin duda, su piel brillaba con la luz del propósito y determinación renovados que le habían concedido aquellas sencillas palabras de Galba. Y, a decir verdad, mientras volvía a descender por las cubiertas, le pareció que su camino estaba más intensamente iluminado que antes. Sabía que aquella impresión era solo una ilusión, pero era beneficiosa. Le proporcionaba fuerza.

La necesitó cuando llegó a los alojamientos de los siervos.

Los humanos que limpiaban la nave, preparaban la comida y efectuaban todas las tareas demasiado complejas, imprevisibles o variadas para los servidores, vivían en una de las cubiertas más inferiores de la *Veritas Ferrum*. Había miles de ellos, y su hogar era algo más que un alojamiento, pero menos que una comunidad.

Antes de la pesadilla de Istvan V, ese había sido un espacio con un orden propio de un regimiento. Un enorme corredor abovedado discurría a lo largo de la columna vertebral de la nave y, desde él, el acceso a todas las otras cubiertas era sencillo y directo, aunque ni por asomo rápido, teniendo en cuenta los miles de metros de recorrido a pie que se requerían. El corredor era lo bastante amplio para soportar el enorme tránsito de siervos. A lo largo del transcurso de la Gran Cruzada, puesto que era el único espacio donde todos podían estar presentes, había adoptado poco a poco el carácter de mercado, sala de banquetes y lugar de reunión. Sin embargo, esos aspectos siempre cedían ante la disciplina y el movimiento eficiente del personal, y por lo tanto existía en todo momento un flujo continuo y sin restricciones de siervos abriéndose paso por cualquier reunión, comida o bazar. Saliendo del enorme corredor, a cada lado, estaban las viviendas: principalmente dormitorios, cada uno con cabida para cien personas, pero también había modestos alojamientos privados para los sirvientes más valiosos.

La cultura de Medusa tenía una obsesión inquebrantable por la fortaleza y condenaba la debilidad. Los Iron Hands habían llevado el espíritu que animaba a su planeta natal hasta su conclusión más extrema, despreciando la endeblez de la carne, hasta el punto de que ser humano

en lo más mínimo parecía un lamentable defecto. Cualquier cosa que no contribuyera a la forja de la fortaleza perfecta era una distracción sin sentido. A Ferrus Manus le había contrariado la imposición de rememoradores en su 52.^a Fuerza Expedicionaria, y a aquellos civiles irritantes e innecesarios los habían dejado en el Sistema Callinedes cuando los Iron Hands habían corrido a enfrentarse a Horus.

Kanshell se había alegrado de verlos desaparecer. Humilde como era su tarea, esta tenía un propósito en la gran obra que era la máquina de guerra de los Iron Hands. Pero aquellos otros ciudadanos del Imperio que creían que los Iron Hands no conocían el arte ni poseían un sentido de la estética estaban equivocados. El arte debía tener un objetivo claro y vigoroso, eso era todo. Kanshell había oído rumores sobre las armas maravillosas que Manus había poseído a bordo de la *Puño de Hierro*, y creía tales historias. La idea de que los instrumentos más poderosos fueran también los más bellamente forjados era del todo correcta. Iba en consonancia con lo que la vida en Medusa le había enseñado sobre los comportamientos brutales del universo. A la fuerza de voluntad se le podía dar una forma física, que podía usarse para hacer entrar en vereda al salvaje cosmos.

La idea de las armas de Manus también era coherente con las obras de arte de las paredes de la *Veritas Ferrum*. Y, a diferencia de su nave hermana, la *Ferrum*, ahí había arte de verdad. Kanshell había estado rodeado de majestuosidad en cada momento de su estancia en el crucero de asalto. Recorrer el gran corredor de acceso significaba pasar por delante de esculturas en relieve de gigantes. Las heroicas figuras estaban representadas en líneas sencillas y bien marcadas. No había un solo detalle superfluo, ni había nada grosero en las representaciones. Eran directas y colosales, inspiradoras. Combatían y vencían a las bestias míticas que simbolizaban los volcanes implacables y el hielo de Medusa. Mostraban el camino a la fortaleza. La debilidad les era ajena, y eran el espíritu que incluso el siervo más humilde estaba obligado a encarnar.

No obstante, todo esto pertenecía al recuerdo; así había sido el mundo de Kanshell antes de Istvan V. Esto era así antes de la terrible devastación. La *Veritas Ferrum* había resultado terriblemente dañada en la guerra del vacío. Los escudos habían caído en el flanco de babor, en dirección a popa. El fuego había invadido todo aquel extremo de los alojamientos de los siervos, hasta que todo un sector de la nave fue sellado y ventilado, y había habido más ataques de torpedos, nuevos impactos catastróficos sobre babor justo antes del salto al empíreo.

El daño más grande lo habían sufrido las cubiertas superiores, donde habían muerto un centenar de legionarios. Aun así, había habido destrozos ulteriores en ese nivel. Más mamparos desplomándose, más incendios y, luego, cuando el desgarrón en el costado de la nave había alcanzado la profundidad suficiente, la terrible ausencia y el frío que sofocaban el fuego crecieron, poniendo fin a los esfuerzos y eliminando la vida de los pasillos.

Al menos el campo Geller había aguantado. Al menos el viaje a través de la disformidad no había desangrado aún más la nave.

Habían reparado el casco, pero en el interior de la *Veritas* seguía habiendo cubiertas repletas de escombros. Algunas zonas habían quedado totalmente inaccesibles. Kanshell se alegraba de que no hubiera heridos en aquellas áreas, ni supervivientes desesperados aguardando rescates que jamás llegarían. No tenía motivos para aventurarse por aquellos senderos obstruidos, de modo que no tenía que pensar en ellos. Pero sí había gran cantidad de cicatrices en los alojamientos de los siervos. Gran cantidad de recordatorios del fracaso y la derrota.

El extremo de popa del gran corredor seguía sellado. Los sirvientes cuyos deberes los llevaban a aquel extremo de la nave tenían que recorrer un laberinto de desvíos para alcanzar sus puestos. En otros lugares del corredor, el fuego había chamuscado las paredes y desfigurado las representaciones artísticas. Algunas de las salas dormitorio habían quedado destruidas, y el metal combado y desgarrado había desfigurado las líneas del pasillo. El suelo estaba ondulado, irregular. Kanshell tuvo que saltar por encima de media docena de fisuras mientras se dirigía a la zona del corredor situada en la parte central de la nave.

Aquel espacio todavía era una vía de paso, con los sirvientes de los Iron Hands recorriéndolo a todas horas de una punta de la nave a la otra, pero su carácter había cambiado, y la transformación era más que física. El espíritu de los que lo habitaban había sido alterado. Los habitantes de Medusa estaban acostumbrados a las penurias y la muerte, que eran las esencias perpetuas de la existencia en aquel planeta. Pero la llegada de Ferrus Manus había supuesto el amanecer de algo nuevo para los clanes de Medusa: esperanza. No fue la esperanza de un alfeñique de que un futuro mejor y más cómodo aguardaba justo más allá del horizonte, sino una que les hizo creer en la fortaleza necesaria para forjarse ese futuro. Los Iron Hands eran la materialización de esa esperanza. Sus victorias eran triunfos, no tan solo en nombre del Emperador, sino también de la misma Medusa.

Ahora Manus ya no estaba. La X Legión estaba hecha pedazos. La *Veritas Ferrum* seguía viajando, pero nadie sabía adónde. Aunque no incumbía a los siervos estar al tanto de su punto de destino, Kanshell había oído algunos rumores sobre que los legionarios tampoco sabían cuál era su meta. Los rumores eran pocos, y quienes los susurraban no estaban enojados, sino aterrados, y un poco más que avergonzados de abrigar tales ideas. Por muy culpable que uno se sintiera, eso no cambiaba el hecho de que alguien había pronunciado aquellos pensamientos y les había dado vida. Kanshell no quería creer los rumores pero, puesto que los había oído, no podía eludir la cuestión.

El siervo aminoró el paso al acercarse a la parte central del corredor. Justo delante, había reunidas unas cuantas decenas de personas. Estaban muy juntas, formando un apretado círculo, con los rostros dirigidos al centro y las cabezas inclinadas. Los sirvientes que iban de camino a cumplir con sus deberes pasaban por ambos lados del grupo, como un arroyo alrededor de una piedra. Cada dos por tres, un transeúnte u otro paraba un instante para unirse a la comunión. Otros echaban un vistazo al círculo con un desdén manifiesto. Georg Paert, un hombretón que trabajaba en el enginarium, lanzó un resoplido al pasar y sonrió a Kanshell cuando este se acercó.

—No dejes que te quiten las ganas de comer —dijo.

—Haré todo lo posible —farfulló Kanshell, pero Paert ya había retomado su camino.

El grupo estaba entre Kanshell y las mesas del comedor. Pensó en permanecer hasta que la reunión finalizara, pero estaba hambriento y tenía que unirse a una cuadrilla de reparaciones en unos minutos. Empezó a cruzar transversalmente la sala, abriéndose paso por entre el tránsito para efectuar un amplio arco alrededor del grupo. Había dado solo unos pocos pasos cuando oyó gritar su nombre. Hizo una mueca y se dio la vuelta. Agnes Tanaura se había apartado del corrillo y le hacía señas para que se acercara. Kanshell suspiró. Más le valdría acabar con esto. Era mejor reunirse con ella ahora, cuando tenía un buen motivo para hacer que fuera breve, que permitir que ella lo abordara más tarde, cuando él acabara su turno de trabajo.

Se reunió con ella en la fila para recoger el rancho. Un expendedor situado en el centro distribuía raciones calentadas. Lo rodeaban mesas largas y altas de hierro. No había bancos. La gente comía de prisa y de pie, y luego seguía con sus tareas.

—Te he visto observándonos, Jerune —dijo Tanaura.

—Me has visto *viéndoos*. Hay una diferencia.

—La misma que hay entre mirar algo desde fuera y ser parte de ello.

Kanshell contuvo un gemido. Tanaura no estaba mostrándose precisamente sutil. La mujer le contemplaba de hito en hito, como hacía siempre. Incluso la conversación más superficial con ella parecía un interrogatorio. Tenía los ojos de un gris traslúcido, del mismo tono que los cortos cabellos, y brillaban con una atención depredadora. Era una de los siervas de más edad de la *Veritas Ferrum*. Kanshell no estaba seguro de cuántos años tenía. La vida era dura y consumía el cuerpo con rapidez. Kanshell tenía amigos junto a los que había crecido, pero a estos les habían adjudicado deberes tan rigurosos que parecían más bien sus padres. Tanaura se había ganado a pulso su piel curtida. Por lo que Kanshell y cualquier otro conocido suyo sabían, ella siempre había estado ahí y había adoptado el papel de madre colectiva, tanto si sus incontables hijos adoptivos acogían con satisfacción sus atenciones como si no.

—Agnes —dijo Kanshell—, ya hemos tenido esta conversación.

Ella le agarró la parte superior del brazo.

—Y seguiremos teniéndola. Lo necesitas, aunque no lo creas.

El siervo retiró la mano de la mujer con delicadeza.

—Lo que necesito ahora es algo de comida, y luego ocuparme de mis obligaciones.

—Sí, hay mucho trabajo que hacer. Hay tanto que reconstruir. No todo puede forjarse con herramientas y manos. Nuestra fuerza también necesita ser reconstruida.

Kanshell gruñó. Empezaba a perder la calma. Tras su encuentro con Galba, no tenía demasiada paciencia para escuchar a Tanaura, y se sentía lo bastante fuerte para hacerle frente. Cogió su bandeja de comida: una porción de proteína procesada y un trozo cuadrado de verdura prensada, lo indispensable para mantener el mecanismo humano viable y así contribuir al potencial bélico de la X Legión. Fue hasta una mesa y depositó en ella la bandeja con un repiqueteo, luego empezó a romper en tiras las raciones.

—¿Ves lo que hago? —dijo, y masticó y engulló—. Estoy reconstruyendo mis energías. —Cruzó la mirada con la de Tanaura y, complacido con su fortaleza, rehusó ser el primero en pestañear—. Mi auténtica y valiosa fuerza. Recurrir a la superstición es una debilidad.

—Estás tan equivocado. Darnos cuenta de que tenemos límites y de que poseemos debilidades precisa valor. Requiere fortaleza. Tenemos que

aceptar que debemos recurrir al Padre de la Humanidad en busca de su ayuda. El *Lectitio Divinitatus* nos enseña...

—A ir en contra de las enseñanzas del Emperador al mismo tiempo que pretende venerarlo. Esa lógica es ridícula, y está prohibido.

—No lo comprendes. La negación por parte del Emperador de su propia divinidad es una prueba que nos envía. Nos recuerda que debemos rechazar a todos los falsos dioses. Pero, una vez hecho eso, al derribar a todos los ídolos que afirman ser divinos, permanece el único dios auténtico. Tenemos que ver a través de la paradoja que nos ha entregado. Cuando llegas al otro lado, hay tanto consuelo...

—No busco consuelo —escupió Kanshell—. Ninguno de nosotros debería hacerlo. Eso nos hace indignos.

—En realidad, no lo entiendes. Si pudiera mostrarte la fortaleza necesaria para entregarse a la fe, verías lo equivocado que estás.

Kanshell acabó de comer.

—Eso no va a suceder justo ahora, ¿verdad?

—Tal vez. —De un bolsillo de la túnica usada, Tanaura sacó un desgastado libro que presionó contra el pecho de Kanshell—. Por favor, lee esto.

Kanshell lo apartó violentamente, como si quemara.

—¿Dónde has conseguido eso?

—Lo he tenido durante años. Me lo dio un siervo de los Word Bearers.

—¡Que nos traicionaron en Istvan! ¿En qué estás pensando?

—Creo que es una tragedia que aquellos que fueron los primeros en conocer la verdad le hayan dado la espalda. Y creo que sería otra tragedia que nosotros también lo hiciéramos.

Kanshell negó con la cabeza.

—No. No quiero tener nada que ver con este culto, y quiero que me dejes en paz. —Echó una ojeada atrás al círculo de devotos, que seguían sumidos en plegaria—. ¿No comprendes el riesgo que corréis, siguiendo así con esto a la vista de todos?

—La verdad no debería confinarse a las sombras.

—¿Y si alguno de los legionarios ve esto? ¿Si el capitán Atticus lo descubre?

Tanaura estaba a cargo del mantenimiento de los aposentos de Atticus. Kanshell no conseguía comprender por qué querría ella poner en peligro un honor así. La única razón que se le ocurría para explicar por qué no se había hecho nada respecto al creciente culto era que los Iron

Hands tenían asuntos mucho más acuciantes de los que ocuparse que las actividades de los siervos en su tiempo libre.

—No interferimos con el trabajo que es necesario. No hablamos a nadie que no quiera escuchar.

Kanshell profirió una corta carcajada.

—Y ¿esto qué es, entonces?

Ella le dedicó una mirada intensa, una mezcla de revelación extasiada y de determinación de acero.

—Porque podemos ver tu necesidad, Jerune. Tú quieres escuchar.

Retrocedió, apartándose de ella, a la vez que meneaba la cabeza.

—No podrías estar más equivocada. Ahora, por favor, déjame en paz.

—Piensa en lo que he dicho.

—No lo haré —le espetó por encima del hombro mientras se alejaba presuroso.

Se dirigió hacia la popa. Un mamparo enorme y cerrado aislaba los daños del otro lado del resto de la nave. Allí, Kanshell recibió su nueva tarea y se abrió paso al interior de los pasillos retorcidos y agrietados para unirse a otros siervos y servidores de reparaciones en el lento proceso de devolver la razón, el orden y la precisión mecánica a la *Veritas*. Su grupo trabajaba para despejar un pasillo de metal enmarañado. El pasadizo había discurrido en línea recta, pero ahora parecía un hueso roto. Había una afilada hendidura en el suelo, con la sección que iba hacia babor levantada medio metro por encima del resto. No había modo de volver a alinear las dos mitades del corredor, pero aquel afeamiento podía paliarse con una rampa.

El trabajo tenía lugar en un sitio angosto y sofocante. Kanshell sufrió nuevos cortes y quemaduras en cuestión de minutos, pero agradeció la tensión, el dolor. Todo ello cauterizaba las fantasías supersticiosas de Tanaura. Más importante aún, destruía sus insinuaciones; estaba equivocada respecto a él. Kanshell no negaba que necesitaba extraer fortaleza de algún lugar. Sabía que tenía límites, y que esos días aciagos lo habían empujado hasta ellos. Pero sacaría fuerzas de las lecciones prácticas de los legionarios de los Iron Hands.

Le juró lealtad inquebrantable al Emperador y a sus enseñanzas, y una cosa implicaba la otra. Era así de simple. Todo lo que necesitaba saber sobre fortaleza podía verlo por sí mismo en los gigantes vestidos de ceramita a los que servía. No necesitaba un mugriento librito que buscaba socavar todo lo que el Imperio y la Gran Cruzada habían logrado.

Y, durante unos instantes, arrojado en aquella oscuridad sudorosa iluminada solo por el hiriente resplandor de las herramientas de soldar, consiguió huir de lo que sabía que le había sucedido a la Gran Cruzada, y lo que le estaba sucediendo al Imperio.

Entonces el suelo se vino abajo: la resistencia que le quedaba había sido falsa, y, entre chasquidos y chirridos del metal torturado, varios metros de cubierta cayeron a las profundidades inferiores de la nave. La mayor parte de la cuadrilla de trabajo cayó con ella. Kanshell notó la aterradora sacudida y cómo el suelo cedía bajo sus pies y se arrojó hacia atrás. Atrapó una esquina irregular de una pared desgarrada con la mano izquierda. Los pies buscaron frenéticamente un punto de apoyo, y se encontró de repente sosteniendo casi todo el peso del cuerpo con una mano. El metal le abrió un profundo corte en la palma. La sangre volvió resbaladizos los dedos, y sintió que empezaba a soltarse. Agitó la mano derecha, sin encontrar más que aire. Sintió un estremecimiento a medida que la sima ante él se acercaba más.

Entonces el talón encontró un reborde en el suelo de la cubierta. Estabilizó el cuerpo y encontró una tubería que colgaba a su derecha. Dio un cuidadoso paso atrás, hacia el suelo plano. No cedió, ni sonó ningún crujido de metal traicionero. Cayó a cuatro patas, respirando con dificultad, y se arrastró lejos del agujero. A la luz de las llamas que se apagaban y de los cables que lanzaban chispas, clavó los ojos en la hambrienta oscuridad, con una sensación de mareo ante aquella maniobra del azar que le había perdonado la vida. El eco de los escombros que aterrizaban le inundó los oídos, pero no hubo gritos de los heridos.

El silencio de los muertos era ensordecedor.

Los espectros hololíticos de sus tres hermanos eran frágiles y no hacían más que disolverse en titileos irregulares mientras sus palabras se convertían en estática. En varias ocasiones, Atticus tuvo que pedir a los otros tres capitanes que repitieran sus palabras. Y teniendo en cuenta lo a menudo que tenía que hacer él lo mismo, la transmisión no era mejor que la recepción. La ilusión de presencia en la sala litográfica era pobre. A medida que las frases se fragmentaban y las caras perdían definición, lo que Atticus sentía en su lugar era el recordatorio de la ausencia. La fragilidad lumínica de los hololitos representaba la vitalidad de su legión, lo que quedaba de su fuerza.

El sistema litográfico de la *Veritas Ferrum* era modesto comparado con los de las naves capitanas de las legiones. También era más privado, pues

en vez de estar integrado en el interior del puente ocupaba una estancia junto al alojamiento de Atticus. La placa del proyector de litografías se ubicaba en el centro del espacio, rodeada de paneles de tres metros de altura que actuaban como pantallas acústicas. Los puestos de los operadores del sistema ocupaban la periferia de la habitación. El aislamiento de Atticus durante las proyecciones no era una cuestión de confidencialidad, sino de eficiencia. Los paneles estaban allí para mantener fuera el sonido, y permitían al capitán dedicar toda su atención a sus lejanos visitantes.

Hacer funcionar el sistema exigía mucha energía y no se utilizaba a la ligera. Las conferencias que se celebraban por ese medio eran siempre por cuestiones de gran trascendencia. En el pasado, casi siempre las había iniciado Ferrus Manus.

«En el pasado.» Atticus sofocó aquel pensamiento, porque tras él acechaba uno peor que rehusaba aceptar: «Nunca más.»

—¿Qué muestran los escaneos de vuestro auspex? —preguntó Khalybus.

—Nada fuera de lo normal. Experimentamos el comportamiento errático que era de esperar al estar tan cerca del Torbellino, y ha estado empeorando a medida que penetramos en el Sistema Pandorax. Pero no pueden establecer el origen de la interferencia.

—*Pero quizá haya otro modo* —dedujo Sabinus.

Atticus asintió.

—La señora de nuestro coro astropático cree que puede encontrarlo. Sabinus lanzó un gruñido.

—*Y ¿vuestro navegante?*

—Reconozco que es inusitado, pero no. No obstante, la señora Erephren trabaja en conjunción con el navegante Strassny para traducir lo que ella lee en el empíreo a coordenadas reales.

—*¿Qué es lo que experimenta?* —preguntó Plienus, y Atticus necesitó tres intentos antes de conseguir descifrar lo que decía.

—Dice que su percepción está alcanzando una claridad y magnitud que no había conocido jamás.

—*Me sorprende* —respondió Plienus—. *Mis coros hallan tus mensajes cada vez más difíciles de transcribir.*

Los otros dos capitanes asentían, dándole la razón.

—Esa parece ser otra faceta del fenómeno —repuso Atticus—. Cuanto más claramente reciben los coros, más difícil les resulta transmitir.

Khalybus dijo algo que se perdió en un gemido chirriante de interferencias. Cuando el sonido se aclaró un momento, dijo:

—¿Adónde conduce esto, hermano? ¿A la conciencia total y el silencio absoluto?

—¿Cómo voy a saberlo? Es posible.

—¿Estás seguro de que es sensato el rumbo que has elegido?

—¿Estoy seguro del resultado final de esta empresa? Por supuesto que no. ¿Estoy seguro de que es necesaria? Sin ninguna duda. —Atticus calló un momento—. Hermanos, nuestra realidad es dura, y debemos enfrentarnos a verdades igual de implacables. No podemos llevar a cabo esta guerra según nuestro modo tradicional, y no podemos llegar a Terra.

Lo que no añadió, pero todos comprendieron, fue que no se dirigirían a Terra ni aunque pudieran, pues regresarían como una legión destruida que debería ser absorbida por las otras, y su cultura olvidada. Ya había habido demasiadas humillaciones. No existía ninguna razón para someterse voluntariamente a esa última.

—Hemos acordado —prosiguió— combatir al enemigo usando al máximo los medios de que disponemos. Carecemos de flota pero todavía tenemos naves, y esta región favorece al depredador individual. Queda la cuestión de seguirle la pista a la presa.

—¿Crees que has encontrado un modo de hacer eso? —preguntó Plienus.

—Lo que veo es la posibilidad de una gran cantidad de información útil. Sabinus no estaba convencido.

—Eso es una suposición.

—Sobre la que creo que vale la pena actuar en consecuencia.

Los tres espectros se desvanecieron en una centelleante fantasmagoría. El sonido pasó a ser un gemido de viento electrónico. En mitad de la tormenta, Atticus tuvo la breve impresión de que algo definido emergía de la estática. Fue como si una voz desconocida pasara rozándole el oído, susurrando sílabas concretas a la par que incomprensibles. Mientras intentaba escuchar con más atención, la tormenta pasó, y sus hermanos volvieron a aparecer ante él.

—... ¿te das cuenta? —decía Sabinus en aquel momento, y cuando Atticus le pidió que repitiera lo que había dicho, dijo—: *Preguntaba si eres totalmente consciente de lo que la pérdida de una sola nave significa ahora para la Legión.*

—Desde luego que sí. Igual que conozco la necesidad vital de cualquier ventaja táctica.

—No sirve de nada discutir —terció Khalybus—. *El capitán Atticus está en lo cierto sobre la realidad a la que nos enfrentamos. No importa*

lo que cualquiera de nosotros piense sobre la sensatez de su estrategia, la decisión es suya. Por rango y por necesidad, cada uno de nosotros librará su propia guerra.

Hubo una pausa. Fue un silencio sin estática. Atticus sintió que un peso nuevo le presionaba, tal y como sabía que les ocurría a sus hermanos. No era la responsabilidad del mando; era algo semejante al aislamiento, solo que mucho más poderoso y profundo. Era una pérdida. Los Iron Hands seguían peleando, pero la X Legión ya no existía. El organismo colectivo del que Atticus había formado parte durante siglos había sido desarticulado. Atticus rehusaba creer en la muerte de Ferrus Manus. Era una idea imposible y monstruosa, no podía ser, ni en ese ni en ningún universo, aunque tal pensamiento fuera demencial. ¿Se doblaba ya el hierro en la brisa? ¿No? Entonces Manus no estaba muerto. Algunas verdades eran así de sencillas. Tenían que serlo, si es que existía algo como la verdad.

Pero Manus no estaba ahí. Sus hijos lo habían perdido, y la enorme máquina de guerra que había forjado había sido aplastada y reducida a unos pocos componentes dispersos.

Como si diera voz a los pensamientos de Atticus, Sabinus dijo:

—*El cuerpo de nuestra Legión ha desaparecido.* —De los cuatro, Sabinus era el que había sufrido menos transformaciones, y su voz todavía podía expresar el hondo pesar y la ira por todos ellos—. *Y nuestra sangre está adulterada.*

La *Veritas Ferrum* no era la única que transportaba supervivientes de los Salamanders y la Raven Guard. Los otros capitanes también tenían que contemplar a los aliados que habían fallado a su legión.

Atticus alzó una mano y la cerró en un puño; no estaba protegida por la coraza, pero aun así podía perforar acero. Sabinus tenía razón: el organismo colectivo de la legión estaba destrozado, pero podía contar con su propia fuerza, y la de los legionarios bajo su mando, para reducir a polvo los cráneos de los traidores.

—No —dijo, y se deleitó en el inhumano y descarnado tono áspero de su propia voz—. Todavía somos su cuerpo. Si ya no podemos asestar un golpe de martillo, corroeremos a nuestros enemigos como un cáncer. Estamos en sus dominios. Se crearán a salvo aquí, pero están equivocados. Somos demasiado pequeños para que nos encuentren, pero estamos aquí. Los hostigaremos y los desangraremos, y si tuvieran la fortuna de destruir a uno de nosotros, ¿qué importa eso? ¿Afectará eso las operaciones del resto? No. Un golpe destruyó a la mayor parte de nuestros

efectivos. Harán falta más golpes de los que el enemigo puede contar para matar a los que quedan. Tenemos fuerza, hermanos. Solo tenemos que reconocerla.

Conversaron durante unos minutos más tras eso. Pusieron a Atticus al tanto de las operaciones que planeaban los otros capitanes, y el modo en que esperaban localizar a sus objetivos. Escuchó y memorizó la información. Sin embargo, sabía lo poco que importaba conocer aquellos datos. La *Veritas Ferrum* estaba sola.

La transmisión litográfica finalizó y los espectros desaparecieron. Sin embargo, por un momento, el aislamiento también se desvaneció. Al capitán le invadió la certeza de que, si giraba en redondo, vería algo más de pie junto a él en la placa del proyector de litografías. Sofocó el impulso de darse la vuelta y caminó al frente, saliendo de la placa. Tal como esperaba que sucediera, la sensación de haber una presencia se evaporó. Por mucha carne débil que hubiera sacrificado y sometido al cuchillo del apotecario, su mente seguía siendo humana, sujeta a sus perversidades y a su inclinación a engañarse a sí misma. La clave era reconocer esa vulnerabilidad y contrarrestarla con la racionalidad empírica que le habían enseñado su primarca y su Emperador.

No obstante, cuando regresó al puente y se colocó ante el atril de mando, dando órdenes para que la *Veritas Ferrum* cruzara los límites del cinturón de asteroides y se aventurara al interior del Sistema Pandorax, sucedió algo más. Fue breve, tanto que debió desecharlo al instante. Y lo desechó. Fue tenue, tanto que debió ignorarlo. Y así lo hizo.

Lo que desechó e ignoró fue una ilusión irracional, algo tan trivial como un cabello frente a un ojo.

Fue tan precisa como una garra acariciando el córtex cerebral.

Fue una bienvenida.